

LA ORACIÓN

“Dios pretende ejercitar con la oración nuestro deseo, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar. Su don es muy grande, y nosotros menguados y estrechos para recibirlo... Tanto mayor capacidad tendremos, cuanto más fielmente lo creamos, más seguramente lo esperemos y más ardientemente lo deseemos” (Carta 130,17). Agustín es una persona que ha experimentado la necesidad de un diálogo con Dios de forma permanente. Es posible que sea en los comentarios a los salmos donde encontramos más material sobre la concepción de la oración y sus elementos. Por otra parte, las Confesiones nos presentan al hombre que ora y que se pone en una relación de alabanza con Dios, es más, en sus páginas descubrimos al contemplativo de la presencia salvífica de Dios en la vida, que se deshace en acción de gracias. Pero él no es un teórico de la oración; ha experimentado que de poco sirve ejecutar oraciones por la voz corporal si no está elevado el corazón a Dios. Para él la oración no es sino el resultado de la aceptación consciente de la realidad de la dependencia de Dios por parte del hombre. El hombre tiene necesidad de Dios: “La fuente no se favorece cuando uno bebe...” (C. de Dios 10,5).

Pero, ¿qué es la oración? Es una conversación con Dios: “Tu oración es una locución con Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, hablas tú a Dios” (Com. salmo 85,7). Por tanto, orar es hablar con Dios. Y para hablar con Dios no son necesarias las palabras que suenan externamente, se puede permanecer también en silencio, siempre y cuando no falten las voces del corazón. Esta conversación con Dios no está hecha de una mera palabrería, ya que “el mucho hablar es tratar en la oración un negocio necesario con palabras superfluas. En cambio, la súplica sostenida es llamar con una sostenida y piadosa excitación del corazón a la puerta de aquel a quien oramos. Por lo general, este negocio se resuelve con gemidos más que con palabras, con llanto más que con charla” (Carta 130,20). Por tanto, en la oración lo importante son los sentimientos no las palabras. La oración en Agustín nunca ha sido un rito impuesto o un ejercicio de obligado cumplimiento por leyes externas, sino una necesidad del alma, algo así como la respiración del alma, la expresión más elemental de la fe, la capacidad de abrirse a Dios, que es el lugar teológico de la gracia, el lugar humano de la libertad y de la alegría del corazón. Es en el contacto con Dios donde el hombre es hombre, donde cada uno es cada uno y se vive la plenitud de la vida, por eso puede afirmar: “Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, toda llena de ti. Mas ahora, como al que tú llamas lo elevas, me soy carga a mí mismo porque no estoy lleno de ti” (Conf. 10,28,39).

La oración es mucho más que un diálogo de meras palabras, es un diálogo de vida, diálogo en el que Dios se nos entrega y nosotros nos entregamos a Él. Pero, como en todo diálogo, es importante saber escuchar, dejarse poseer por la palabra del otro. Él parte de la premisa de que el hombre es imagen de Dios y, por tanto, para conocerse es preciso conocer la fuente. Ser imagen de Dios es ser deseo y amor de Dios. La oración es un acto de amor, es un deseo sin fin de la interioridad de la persona por Dios y la vida eterna: “El deseo ora siempre, aunque calle la lengua. Si siempre deseas, siempre oras. ¿Cuándo se adormece la oración? Cuando se enfría el deseo. Pidamos, por tanto, con avidez aquellos bienes eternos, busquémolos con toda atención; pidamos confiados aquellos bienes” (Serm. 80,7).

Prepararse a orar no es otra cosa que abrir el propio corazón al Señor para acogerle, reconociendo que la iniciativa viene de Él, es decir, que Dios nos busca para

que le busquemos y poder entrar en comunión con Él. La oración se convierte en el camino para llegar a Dios: “Si no oras, ¿por qué camino podrás acercarte al Señor?” (Com. salmo 54,14). Es más, la oración nos hace entrar en la misma vida de Dios y es que Dios llama al hombre a ser hijo, de aquí que no pueda existir oración que no sea filial. Esta es la oración que se define como grito del corazón (cfr. Com. salmo 118,29,1). Es decir, un grito que nace de la más profundo del ser humano, del sacrario del corazón, de la interioridad más interior y que es la delicia del alma. Así es posible el abandono total de uno mismo en los brazos de Dios (cfr. Trat. Ev. Jn. 26,2).

Para poder ser orantes, es necesario saber vivir dentro, es decir, profundizar en la interioridad, como ese movimiento de recogimiento que hace descubrir la tensión hacia Dios, ya que por la interioridad el hombre vive orientado hacia Dios. La interioridad nos permite entrar en comunión con Cristo, Maestro interior, que habita en lo más profundo del corazón del hombre. Agustín insiste en la necesidad de escuchar a Dios en el interior, pero no como fuga del mundo exterior, de hecho para él el hombre ha de definirse por el amor. Por tanto, la interioridad constituye el elemento fundamental de la oración agustiniana, pero la esencia de esta interioridad está en la identidad entre oración y deseo, de tal manera que para Agustín si hay deseo de Dios, existe la oración, de lo contrario, aunque se hagan los ritos y todas las apariencias se cumplen, no hay oración. La vida del cristiano es un santo deseo, que es alimentado por el mismo Dios. La oración está vinculada con el deseo porque la oración es el deseo de Dios. Orar siempre es desear siempre a Dios: “Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua es la oración... Cualquier cosa que hagas, si desees aquel sábado, no interrumpes la oración. Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo; tu deseo continuo es tu voz, o sea tu oración continua. Callas si dejas de amar... El frío de la caridad es el silencio del corazón, y el fuego del amor, el clamor del corazón. Si la caridad permanece continuamente, siempre clamas... Pero es conveniente que sepas delante de quién debe estar el rugido del corazón. Considera ya qué deseo debes tener delante de la presencia de Dios” (Com. salmo 37,14).

La oración más que pedir cosas a Dios es invocación, es decir, es desear que Él se haga presente en nuestras vidas, que venga a posesionarse de nosotros y a habitar en el recinto interior para que lo llene de sus gracias y lo haga más capaz de recibir sus dones. Evidentemente Dios no tiene necesidad de oír nuestro clamor para saber lo que necesitamos, por eso no es ocioso preguntarnos ¿por qué hemos de orar si Él ya sabe todas nuestras necesidades? Agustín ha tratado de responder a esta pregunta: “Pide, busca, llama también para entender esto... En medio de la multitud de los males del mundo actual no nos queda otra esperanza que llamar en la misma oración, creer y mantener fijo en el corazón que lo que tu Padre no te da es porque sabe que no te conviene” (Serm. 80,2). La oración nos convierte a Dios, nos hace estar atentos a lo importante y dejar de lado lo secundario. Dios está siempre dispuesto a escuchar nuestro clamor, pero es necesario convertirnos a Él. En definitiva Dios no necesita saber lo que nos pasa, porque ya lo sabe, sino capacitarnos para recibir lo que nos quiere dar y para ello es importante la oración, porque el orante, al formular su petición, se hace consciente de su necesidad.

Toda oración ha de tener como intermediario a Cristo, porque “La oración que no se hace a través de Cristo, no sólo no puede borrar el pecado, sino que ella misma es pecado” (Com. salmo 108,9), pero esto tiene su aplicación sobre todo en la oración de petición. Esta oración es invocar a Dios. Por tanto, orar en este sentido es invitar a Dios a que venga a nosotros, porque sólo debemos pedir a Dios mismo: “No pidas nada fuera de Dios; pídele a Él mismo, y te oirá... Todo lo que te diere fuera de mí, es despreciable.

Recíbeme a mí, goza de mí, abrázame; aún no puedes poseerme en absoluto. Áseme con la fe, y te estrecharás a mí” (Com. salmo 33,2,9). La oración más que exponer lo que espero o necesito de Dios es escuchar lo que Dios está esperando de mí, esto quiere decir que el hombre tiene que aprender a pedir lo que le conviene conforme al designio de Dios, por eso dice Agustín: “Quien invoca a Dios debe precaverse de dos cosas: pedir lo que no debe y pedirlo a quien no debe” (Serm. 56,2). Dicho de forma positiva se puede afirmar que es necesario pedir una vida honrada, la vida eterna, es decir, nuestra mejor petición será pedir sólo a Dios, porque sólo Él basta, él lo mejor que el hombre puede esperar y recibir: “Él no quiere otra cosa más que darse a sí mismo. Si encuentras algo mejor, pídelo” (Com. salmo 34,1,12; 85,8). El principio básico de toda oración de petición está en esta afirmación. Es necesario una armonía entre la boca y el corazón, entre lo externo y lo interno, entre el ideal y la vida. Nuestra vida debe ir de acuerdo con nuestro ideal y nuestra oración nace en lo profundo.

La obra principal que el hombre puede y debe realizar es la alabanza de Dios. Orar es ponerse en la longitud de onda de Dios mismo, es el grito que eleva al Padre, pero este grito será auténtico si tenemos un corazón contemplativo, un corazón que sabe leer las cosas de Dios que suceden en el mundo y que sabe leer los acontecimientos del mundo con los ojos de Dios, que escucha a Dios y reconoce su presencia. Orar significa respirar ininterrumpidamente a Dios, siguiendo el ritmo cotidiano de la vida y de nuestras actividades. Somos invitados a un diálogo profundo sin interrupción con Dios.